

tan prudentes al parecer, ya un objeto, ya otro que despierta en ellos variamente las especies; esto es, despierta á punto sus teclas.

CAPITULO XIII.

Testimonio que dan de Dios los animales, enseñados por su Magestad á combatir, y á curarse.

No hay hombre inteligente en la pintura que no se corra, si preguntado de qué mano es qualquiera tabla insignie, no sabe al punto decir, si es de Rafael, ó de Caracho, ó de Corregio, ó de Guido. Y sin embargo, habrá quien no se avergüence, si preguntado de qué mano son tantas hermosas obras de la naturaleza, no sabe decir luego: de la mano de Dios? Tal es qualquier Ateista. Luego bien se puede afirmar, que no es inteligente de las obras de la naturaleza. Si las entendiera, viera al instante que no pueden éstas ser de otro artifice, que del Artifice Sumo. Finalmente, las manos todas de los hombres, aunque grandes, son capaces de ser falseadas, y por eso no fuera tan grave falta no discernir bien una de otra. Mas la mano de Dios no es mano imitable jamas por alguno. Y por eso el no discernirla de la mano de la casualidad, ó de qualquiera otra cosa que no sea Dios, no solamente es defecto, mas es maldad. Nosotros habemos descubierto ya bastantemente esta mano tan única en los instrumentos, y en los instintos admirables que se les han dado á los brutos para que se conserven alimentándose. Ahora pasemos adelante. Porque todo lo que saben para conservarse de qué les serviría, si no supieran al mismo tiempo guardarse oportunamente de quien los acomete? Y tambien se tuvo atencion á esto. Sus asaltadores son dos: unos intrínsecos, otros extrínsecos. Los intrínsecos son las enfermedades: los extrínsecos son varios, enemigos que se encuentran como

mo frecuentes entre los hombres, así continuos entre los animales, que por causa, ó de la habitacion, ó de el pacto, ó de los hijos, ó de otro interes que hay entre ellos mantienen competencias eternas.

§. I.

Y para hablar en primer lugar de estos enemigos extrínsecos, es cierto que sin haber aprendido jamas la Arte Militar, saben los brutos conocer maravillosamente las ventajas de puesto, y las saben coger. Los ruiseñores para asegurarse de los gavilanes viven entre las zarzas. El airon para librarse de losalcones anda al rededor de la agua que temen. Y el alce, bestia por otra parte tan temerosa, que á qualquiera herida, en mirando correr la sangre cae de repente en tierra de horror, vence sin embargo á los lobos, escogiendo contra ellos por campo de batalla los rios helados, sobre los cuales se puede tener bien firme con las uñas agudas, y de dos horcas que tiene; mas no pueden tenerse firmes los lobos.

Demas de la ventaja del puesto saben los brutos conocer la de las armas. De aquí es, que el águila tiene grandísimo cuidado de sus garras: y si está parada, parece que siempre las mira afilándolas sobre alguna piedra quando han perdido el filo, y resguardándolas quando estan afiladas, con no andar entre peñas. Los ciervos, los corzos, y los toros aguzan tambien en los troncos sus cuernos, y los prueban repetidas veces antes de salir al duelo con sus contrarios. La ardea se revuelve con el pico hácia arriba entre las alas, y recibe intrépidamente el impetu de los halcones, que baxando sobre ella furiosamente para hacerla su presa, quedan muertos. Y el pelicano por que no le sorprendan las otras aves asesinas, toma con semejante postura el sueño, dormido juntamente y armado.

Donde falta la fuerza, la suplen con la union.

Así

Así lo hacen los tordos volando siempre en esquadrones numerosísimos, y procurando en ellos el puesto de en medio para mayor cuidado de sí. Los ganados mayores se hacen fuertes contra el lobo, uniéndose unos con otros en un círculo espeso, con las cabezas vueltas al enemigo: y los jumentos con semejante ordenanza vuelven al lobo, no las cabezas, mas los pies, donde tienen su esfuerzo, y se defienden valientemente con las coces. Pero si no está pronto el socorro, saben tambien los brutos buscarlo con la voz: así la habubilla, en divizando á la vulpeja escondida entre las yerbas, con desusados y con importunos gritos les da aviso á los perros: así los cisnes, así las cigüeñas, así las ánades solicitan á las compañeras ausentes para la defensa comun contra el águila; y así las monas en sus selvas lo hacen contra los mismos cazadores, gritando fuerte, como si gritaran al ladron. Pero para eximirse de ellos así los animales mas flacos, como los mas fuertes son igualmente diestros: la liebre salta en un brinco á su madriguera, para no dexar á la puerta impresos vestigios que la revelen á quien la busca: el oso entra hácia atras, para mostrar que ha salido quando ha entrado; y el leon mismo (á manera de guerrero valeroso, no ménos atento á descubrir los pasos del enemigo, que á encubrir los propios) estampa juntamente las huellas, pasando sobre la arena, y las borra, para que no den indicio de sus viages. En una palabra, todos los animales tienen alguna prenda suya propia para su defensa: unos con la destreza, como las monas ya mencionadas, que llegan á agarrar con la mano por el ayre aquella saeta que les vuela á la vida: otros con la generosidad, como el leon, que no huye sino mostrando la cara para dar terror: otros con la timidez, como los ciervos, á quien el miedo mismo asegura; tan veloces son en la fuga: otros con el hacerse casi invisibles, como las sepías con su tinta:

ta: otros con parecer como transformados, como el pulpo, que toma luego el color de aquel escollo á que está agarrado, y así engaña la vista mas perspicaz; sin que entre toda la numerosísima tropa de los animales, ó terrestres, ó acuáticos, ó aéreos se halle uno que, ó con la fuerza que se le ha dado, ó con el ingenio, no esté bastantemente armado para su defensa.

Y no tiene menor arte para acometer que para defenderse. El huron, quando quiere pelear con las serpientes, se prepara, comiendo ántes ruda, yerba de olor intolerable para ellas; y el icneumon, quando quiere reñir con los áspides, se revuelve todo en el lodo, y se hace como una coraza, endureciéndole ántes á los rayos del Sol, para no temer alguna mordedura: la tygre, para que lleguen con seguridad las otras fieras á alimentarse de su carne, se finge muerta, y despues repentinamente salta sobre ellas á mano salva, y hace carnicería: la vulpeja se ha visto revolcarse dentro de la tierra roxa (1), hasta parecer como un cadáver sin piel, para convidar á las aves ménos cuerdas á un solemne pasto, que hace ella despues de ellas, y no ellas de ella; y la torpedo, con un milagro mas desusado, sabe hasta hacer estúpido á quien la toca, y privarle de movimiento; quanto mas de audacia. Pero qué necesidad es la mia? Presumo por ventura recoger en pocas hojas lo que otros no han llegado á recopilar en muchos volúmenes? Antes no he pretendido otra cosa que señalaros con el dedo aquel mineral, de que se pueden sacar cada día mas nuevas maravillas tan inagotables. Y sin embargo decíme: en esta pequeña muestra que os he traído, no descubris bastantemente, que su metal no es metal nuestro? Quién pudo dar tanta diversidad de invenciones, de estratagemas, de

(1) *Claus. lib. 18. cap. 40.* un sup. las cobras con su

defensas para un fin solo de guerra defensiva y ofensiva de los animales, fuera del Entendimiento Divino? Mas demas de esto discurro así. La naturaleza particular de la liebre, pongo por exemplo, no puede querer que los perros, apenas la hayan visto, quando se empeñen en alcanzarla, con tanto perjuicio de la infelíz, si la alcanzan: la naturaleza particular de los perros no puede querer, que la liebre huya de ellos. Quién, pues, fué el que les dió al mismo tiempo este instinto á la liebre de huir de los perros, y á los perros de perseguirla, sino una Naturaleza mas alta, que miró á aquella recreacion continua, que podia resultar en nosotros de esa fuga afanada, y de esa caza entretenida? Y esta Naturaleza mas alta es puntualmente la que con vocablo mas digno se llama Dios.

§. II.

Resta ahora dar ojeada á los enemigos intrínsecos, de que saben tambien librarse los brutos, curándose. A la verdad son pocas sus enfermedades en comparacion de las nuestras; ó sea porque los animales viven con mayor templanza que la que observan los mas de los hombres, ó sea porque su temperamento, mas material y mas robusto que el nuestro, está ménos expuesto á recibir las impresiones de sus contrarios: al mismo modo que un reloj de una torre es mucho mas difícil de desconcertarse que una muestra de una mesa. Sea la razon la que se fuere, lo cierto es que los brutos, guiados de una interior direccion de la naturaleza, saben admirablemente hallar remedios proporcionados á sus males, y remedios fáciles, inocentes, y mas infalibles que los nuestros, para que se vea con mucha mayor claridad, que como la casualidad no fué su artífice, así tampoco es su conservadora. Pero lo que parece mas admirable en estos negocios es, que no solo cada animal tiene

su

su medicina propia, que no tiene otro; mas que antes de toda experiencia la conoce, la busca, y sabe aplicársela, como lo pide la necesidad. La primera vez que ciega la golondrina, sabe hallar la celidonia: la primera vez que ciega la vivora, sabe hallar el hinojo: la primera vez que el ciervo queda herido, sabe recurrir á su ditamo. No hay veneno, contra que no tengan luego las tortugas pronta su triaca, y tal es el orégano: así como el laurel es aquella gran medicina universal, que á las palomas torcaes, y que á los cuervos los favorece de la misma suerte en qualquiera enfermedad. Ahora vaya Hipócrates á gastar en los estudios su vida propia para alargar las ajenas; y despues desesperado de poder llegar á tanto, confiese, *que la arte es larga, que el tiempo es breve, y que la experiencia es falible.* Diga, que á muchos males no se les ha hallado hasta ahora medicamento que aproveche. Los brutos, sin academias y sin aforismos, saben hallar para todos los accidentes su medicamento acomodado. Y sin embargo no faltará quien les señale por maestro, no la arte de una Inteligencia Soberana, mas la ceguedad necia de unos átomos, mas vagamundos que los bribones?

Mas pareciera poco, si los brutos no supieran mas que curar el mal que se les sobreañade: fuera esto echar al ladron de casa, mas echarle despues de haberla robado. Lo mas es, que saben tambien salir al encuentro á los males, cerrándoles prontamente las puertas, y dándoles en la cara con ellas: á este fin escogen los lugares mas aptos, sin temor de peregrinar aun á paises distantísimos, como las grullas de la Scytia Septentrional (1), que por huir aquellos inviernos tan crueles, pasan desde allí á la Etiopia, sin riesgo de errar jamas el camino: los pecces ya van de las costas á alta mar, ya de alta mar á

Parte I.

O

las

(1) Arist. hist. animal. lib. 8. cap. 25.

las costas, mudando estancia, como lo hacen los Grandes, al mudarse la estacion; y entre ellos hay tambien muchos, que de los mares calientes pasan al Ponto Euxino, y que del Ponto Euxino pasan á los mares calientes. Y porque los mas débiles sienten ántes la destemplanza del ayre que los mas fuertes, de aquí es que aquellos hacen su paso ántes que éstos, como los rumbos en Agosto, y los atunes en Septiembre: las golondrinas pasan á Africa para excusar nuestros hielos; y las codornices, los tordos y las tortolas tienen tambien sus tierras apacibles para invernar: los buytres mismos, aunque infames por los cadáveres de que se apacientan, son sin embargo tan enemigos del ayre inficionado, que el morar ellos en un país mas que en otro, se toma por indicio de cabal sanidad. Qué mas? Es menester que se humille el hombre soberbio á tomar leccion en ciencias tan consumadas de los animalillos mas viles. Escribe Aristóteles (1) de no sé qué Bizanzo, que había conseguido en el vulgo fama grande de Astrólogo, porque habiendo criado en su casa desde pequeño un erizo, observaba que éste, quando estaba cerca de moverse viento opuesto, mudaba estancia, segun el genio natural que tiene de hacer á su madriguera del campo dos bocas, una al Austró, y otra al Aquilon, y despues cerrar ya la una, ya la otra, segun soplan. Ni es esta habilidad singular del erizo; pues son poquíssimos los animales que no llevan en su fantasia ese instinto de sentir anticipadamente las mudanzas del tiempo, que les son nocivas, tanto, que los mas desdichados parecen en esta parte los mas instruidos. De aquí no solamente el leon, que es tan ingenioso, sabe antever la sequedad que ha de haber, y la sabe evitar, retirándose por algun tiempo á los lugares de mas agua; mas los cocodrilos mismos pa-

(1) Arist. hist. animal. lib. 9. cap. 5.

rece que tienen medida la crecida del Nilo ántes que salga de su madre, pues saben colocar sus huevos adonde nunca llega aquel año la inundacion: los cuervos adivinan las tempestades: los mergos, las ánades, las abejas son presagios de los vientos mas impetuosos; y las hormigas de la esterilidad de la estacion futura, llenando mas que suelen sus graneros ántes que la mies escasee. Ahora, en qué escuela han aprendido estos animales tanta astrología, que muestran que saben aun mas que el hombre, el qual en el predecir las lluvias padece en sus lunarios mas graves deslumbramientos que una rana? Quién les enseña las nuevas de lo futuro ántes que llegue? Qué maestro han encontrado que les enseñe, y les enseñe tan bien, que ningun estudiante se quede jamas atras por poco ingenio en las lecciones que se le han dado en su clase? Será creíble para alguno, que la casualidad, que no sabe cosa de lo que hace, sabe formar tales hechuras? Si fuera así, fueran mucho mayores los discípulos que el maestro. Violentad quanto os agradeire vuestro entendimiento, para que se reduzca á decirnos que no hay Dios: no podrá dexar de conocer el agravio que le hacéis, ni de sacudirse.

CAPITULO XIV.

Testimonio que dan los brutos de Dios con su estupenda propagacion.

El que negó en los animales todos los movimientos, no les mintió tan feamente á los sentidos, como le miente á la razon el que niega en los mismos animales el primer Motor inmovible, que es Dios. Ya habeis visto quanto obra su Magestad en los instrumentos, y en los institutos que les da para la conservacion de los individuos propios. Queda ahora que decir lo que obra para la conservacion de las espe-

cies; porqué si un Artífice sumo ha de repartir sus cuidados con la sabiduría, no se puede dudar, que despues de haber mirado atentísimamente por el bien de cada uno, ha de mirar con mucho mayor atención por el bien de todos.

§. I.

Primeramente no es maravilla grande, que en sesenta siglos, desde que los brutos parecieron en el mundo, no se haya perdido de ellos ni aun una raza, principalmente si consideramos que algunas de éstas son perseguidas con tantas asechanzas por los hombres en el ayre y en el agua, y otras con tanta fuerza en los bosques? Cómo se podia mantener en pie tan largo tiempo esta alta guerra, que hacen continuamente á los animales los que pueden tanto mas que ellos, si aquel gran Artífice, que desde el principio labró á cada naturaleza, no hubiera juntamente tomado por su cuenta el asunto de conservarla, concediendo una virtud prodigiosa de propagarse á aquellas especies mas particularmente, que corrian mas peligro de perecer? Las liebres, que siendo por ventura las inocentes entre tantas bestias, tienen por su desgracia sin embargo el ser las mas buscadas para la muerte, son tan fecundas, que engendran todos los meses con felicidad; y juntando con union admirable frutos y flores, estan preparando en el vientre nuevos partos, mientras dan leche á tantos partos que salieron á luz; tanto, que no mas que una liebre pequeña preñada, que fué casualmente introducida en una isleta del mar Icarío, dentro de pocos años dilató en tantas ramas su prosapia, que, pacidos todos los panes, reduxo á los habitantes de aquel país á suma necesidad. Vamos parte por parte considerando esta especial providencia de la naturaleza, así ántes que los brutos nacen, como despues.

§. II.

§. II.

Entre todos aquellos, en que no solo para engendrar los hijos, mas tambien para educarlos es menester que se convengan el macho y la hembra, hay cierta especie de matrimonio. Así sucede entre las aves, que estando todas privadas de leche, tienen para sustentar sus polluelos, por otra parte numerosísimos, necesidad de rapiñas ó robos; y por eso se reparte la fatiga, y mientras uno se queda para guardarlos en el nido, va el otro en busca de la comida: y lo que es mas admirable, se mantienen con tanta lealtad aquella fé que se han dado, que dificultosamente se ve que la rompan jamas; dando en cara de este modo al hombre con sus grandes desórdenes, desconocidos aun entre los brutos. En los animales proveidos de leche, como son todos los cuadrúpedos, la junta es varia y vaga, porque basta la hembra para criar á los hijos que nacen. Verdad es que en estos mismos parecen las pasiones mas regladas que entre nosotros; pues no se enciende en los mas de ellos el apetito de propagarse mas que en un tiempo determinado del año, fuera del qual todos los machos suelen y saben conversar entre las hembras con modestia. Quien volviere los ojos á los excesos que los desenfrenamientos de los hombres en este género cometen cada hora, y los cotejare con el orden inviolable con que los animales tienen enfiada la mayor parte del año aquella concupiscencia misma, que entre nosotros, rotos todos los frenos, corre tanto, cómo podrá dexar de reconocer en esto tambien la hermosa escolta que hace á los brutos la naturaleza, siempre semejante á sí en el amar las leyes?

Despues de la concepcion de los hijos, era necesario pensar en su nacimiento; y porque las aves, como habitadoras del ayre, no convenia que se car-

gasen con demasiado peso, fué menester que para su preñado se fabricasen un nido, donde reposasen con quietud, donde depositasen los huevos, donde los calentasen, donde sacasen los polluelos, y donde despues los criasen. En esta fábrica son maravillosas la disposicion y la simetría correspondientes á la variedad del designio: escogen el sitio que les parece mas seguro, ó en las copas de los árboles, ó en las tapias mas levantadas, ó en los escollos mas inaccesibles; y no contentas con la seguridad natural que proviene del puesto, se fortifican mas. Por eso comó la vulpeja defiende su madriguera de los lobos con la yerba esquilla (1), aborrecida en extremo de ellos, así la golondrina lo defiende de ciertos gusanos con las hojas del apio, y así las cigüeñas lo defienden de las serpientes con la piedra que se llama lienites. El mismo nido causa estupor, al mirarse en su fábrica: la parte exterior es siempre en el mucho mas tosca, para que tenga fuerza, y está guarnecida, ó de espigas, ó de sarmientos, ó de barro: la interior es mas blanda, ó de heno, ó de hojitas muy suaves, ó de bellos, ó de lana, ó de plumas, así para el fomento, como para la quietud mas sosegada de sus hijos; lo qual disponen los padres con tanta regla, y texen con tanta arte, que muestran bien que los guía en todo una mano oculta, que no está sujeta á deslumbramiento. Los nidos de losalcones son bastantes para hacer salir de sí de admiración, tanto que poniéndolos junto al mar, saben formarlos impenetrables á las hondas.

§. III.

En habiendo nacido los partos, quién puede explicar el amor con que los crían, y la atención con que los enseñan, segun sus varios estados? Las mo-

(1) La cebolla alb. yrra ó silvestre.

nas, familiares en las casas, están tan locamente enamoradas de sus hijos, que salen al encuentro á quien entra, y se los muestran, como la cosa mas hermosa del mundo: el huron, zeloso de que se los roben, los muda muchas veces al dia, ya á una parte, ya á otra, tanto, que al parecer los tiene siempre en la boca: el castor ama tan tiernamente á sus partos, que estando una vez encerrado lejos de ellos, para buscarlos royó con los dientes la puerta de su encierro, y haciéndose ancho camino, se arrojó desde un lugar altísimo precipitado adonde estaban; y no es propio este afecto de alguna especie sola, mas es comun á todas; y aun las mas fieras son de él mas dominadas, brotando una vena mucho mas copiosa donde parece mucho mas dura la piedra. El leon nunca combate mas intrépido, que quando ha menester defender sus leoncillos: entonces sí que no hace caso ni de lanzas, ni de flechas, ni de sietas, ni de las heridas mismas que mira en sí, dexando ántes la vida, que la tutela de aquellas tiernas preñadas: la ballena á qualquier desprevenido peligro los esconde dentro de sí, teniéndolos en las fances, como en lo íntimo de una fortaleza bien pertrechada, con sus horribles dientes; y pasado aquel riesgo, los vuelve alegre á vomitar en el agua, como pariendo los nuevamente á la vida: la tygre, tan fiera, que ha dado prestado su nombre á la crueldad, es sin embargo tan locamente amante de sus tygritos, que una vez se vió en Bengala correr por las riberas mas de treinta millas detras de una nave, que costiendo á velas llenas por alta mar se los llevaba sin remision á sus mismos ojos.

Este amor es en los brutos la rueda maestra de tanta máquina, porque éste los hace atreyidos, aunque no lo sean. El ruysenor por defender el nido no teme reñir aun con la vívora, y fisco como es, con el pico y con las alas la confía herir, si puede lograr

grar tanto, ó ponerla en huida. Este los hace ingeniosos: los ladrones en las Indias quando van á robar, se sirven de mejor gana de los camellos que todavía dan leche, porque éstos, conducidos aun de noche á países muy distantes y de caminos poco trillados, no solamente saben despues hallar sendas para volver á la majada, pero doblan el paso para hallarse mucho ántes en ella. Este los hace prudentes; el rinoceronte, por mas que le provoquen, lo tolera pacientemente hasta que ha puesto en salvo á sus amados hijos; y despues revuelve con tal furia, que echa en tierra los árboles que encuentra, y los arranca de raíz (1). Este los hace justos distribuidores del alimento: la golondrina comienza á meter la comida en la boca al hijito que nació primero, y va al rededor de uno y otro, señalándole á cada uno de ellos con maravillosa equidad la porcion debida: grande exemplo para los padres demasiadamente parciales, que por dexar un hijo mas bien puesto que otro, truecan muchas veces las herencias en una venenosa manzana de discordia. Este los hace constantes hasta lo último: el delfin, en habiendo caido en las redes uno de sus hijos, le sigue triste, y no se sabe despegar de ellas por fuerza de algun golpe, hasta que cogido tambien, corre con él la misma ventura, ó de libertad ó de muerte: así los ama hasta la muerte el pellicano, que se llega á abrasar por apagar las llamas arrojadas al nido; y así los ama hasta la muerte la cigüeña, que en un caso de incendio semejante ha sido vista volar á un río, y bañarse muy bien, y volver despues á vencer con el agua el fuego, y no desistir de la infeliz empresa hasta que se convirtió con el nido tambien ella en ceniza (2).

Y porque se les dió este amor á los brutos para

(1) *Jacob. Benl. g. Hist. Natur. & Medic. cap. 3. (2) Alb. Magn. V. Cicou.*

que criasen á sus hijos, no dura mas, que quanto dura la necesidad de educarlos: y por eso despues no se reconocen mas (para decirlo así) por padres, mas se apartan: de suerte, que aquel corderillo que sabe discernir á su madre en una manada de tantas ovejas semejantes á ella; en habiéndose destetado, la confunde con las demas como extraña. Del mismo modo las perillas que ántes se deshacian á sí mismas quando eran madres para dar el alimento á sus cachorrillos, en habiendo crecido éstos, llegan á combatir con ellos para privarlos hasta del hueso que les ven en la boca: tan apagado ha quedado en ellas aquel amor tan encendido; porque no es éste ya necesario para aquel fin, para que ántes le habian recibido de la naturaleza: la qual diferenciando, como se debe, los brutos de los hombres, ha pretendido en éstos una educacion perpetua (tan capaces son de aprovecharse de ella), y en aquellos una educacion breve.

§. IV.

Entre tanto, esta numerosa República de los animales tan bien gobernada en lo que pertenece al mantenimiento de cada individuo, y á la conservacion de cada especie da por todos los lados del Universo un testimonio continuo é incontrastable de la asistencia Divina. Y la fuerza de este testimonio consiste en lo que se ha notado ya muchas veces. Por una parte vemos que todas las bestias caminan á su fin tan ordenadamente, que si se gobernaran por razon, no pudieran ir á él por pasos mas ajustados. Por otra parte no conocen el fin, mas obran solo en virtud del instinto que se les imprimió en el corazon: luego hay un Artífice superior, que conociendo este fin para ellas, imprime juntamente en ellas el instinto para que le consigan (1).

Parte I.

P

Y

(1) *S. Thom. contra Gent. l. 3. c. 64.*

Y que hay bestias á la verdad que no conocen este fin, mas sin embargo van á él, pero á ciegas, como va la pelota, disparada del balletero práctico, á herir el blanco, es manifestísimo. Porque si obraran éstas por su razon propia, no fueran todas tan uniformes en sus obras: mas como cada pintor entre nosotros tiene su modo diferente de dibuxar las figuras y de colorirlas; porque aunque aplique los mismos pinceles, los mismos lienzos y los mismos colores que los otros, mira sin embargo la idea diversa que concibió en su fantasia; así las bestias en cada raza fueran entre sí varias en sus efectos, y en sus empleos, sino fueran guiadas, mas se guiaran, como nosotros, por su capricho. Demas de esto obraran menos bien las primeras veces, que las últimas; pues vemos que siempre se perfeccionan con la experiencia aquellas artes que habemos aprendido por vía de discurso. Y sin embargo, la primera vez que la golondrina se pone á fabricar su nido, lo hace tan bien como la vez siguiente. No hay diferencia entre la tela que texen las arañas, quando apenas han nacido, y las que texen ya decrepitas. Ni los nuevos enxambres de las abejas son ménos expertos en reconocer las flores mas delicadas para chupar de ellas la miel, para vaciar la cera, para formar las celdillas, y para hacer todas sus labores en las colmenas, que los enxambres antiguos.

Qué mas? Sabemos que los brutos, enseñados por el hombre, obran regularmente muchas acciones, cuya arte es cierto que no entienden, porque no se les dió por vía de regla, mas por vía de caricia y de entretenimiento alternadas á tiempos. Los teatros modernos de Florencia con el bayle que introduxeron de caballos pueden causar envidia á los teatros antiguos de Roma. Y sin embargo, aunque se mueven aquellas bestias con tan hermoso orden, se entretexen, se paran, se pasean, y saltan todas al mismo tiempo, como si fueran otras tantas Ninfaç que danzaran, no

es porque entienden la harmonia de aquel son, ó perciben la proporcion de aquellos pasos, ó conocen el fin de esa fiesta enderezada al entretenimiento de algun huésped Real de tal Corte, afabilísima y magnífica en honrarlos y agasajarlos; pues la idea de aquella obra artificial no está en los caballos mismos, está en el Caballerizo, está en los Desbastadores, está en los Músicos, está en los hombres que les imprimieron en las caballerizas con gran fatiga la voluntad de aquellos movimientos, que con tanto aplauso suyo consiguen despues en los teatros. Del mismo modo la idea de aquellas obras naturales, mucho mas admirables que hacen de suyo tantos brutos sin maestro, no está en los brutos mismos, está en el primer Artífice Dios, que habiéndoles negado la razon, se está en vez de ella en sus pechos para gobernarlos, disponiendo las especies de su fantasia, de tal manera, que segun la necesidad aprendan, como conveniente ó como nocivo, lo que es favorable ó contrario á su conservacion. Y esta disposicion de especies es la que llamamos instinto: y en quanto es medio para obrar con arte, es una pequeña participacion de la arte inmensa que reside en Dios; y en quanto es medio para conservarse con provecho, es una pequeña participacion de su infinita providencia. De suerte que tambien los brutos por qualquier lado que los miréis manifiestan la sabiduría de su Artífice, á la manera de una estatua fabricada perfectamente, que por qualquier sitio que la repareis por lo alto, ó por lo baxo, en perspectiva, ó en perfil, por la cara, ó por las espaldas, debaxo de qualquier aspecto, os satisface llenamente, y os da autorizado testimonio de entera alabanza del nombre de su maestro.

CAPITULO XV.

Mirándose el hombre á sí mismo, viene, si quiere, en conocimiento de Dios.

Dos claras testificaciones ha querido Dios de su grandeza en el Universo. La una de la magnificencia de la habitacion, que es el Mundo. La otra de la hermosura del habitador, que es el hombre: *Dios tiene por testigo de su ser todo aquello que somos, y todo aquello en que estamos.* Así habló Tertuliano (1). Y atendiendo á este verdadero sentimiento, despues de haber buscado ya la testificacion que nos hace de la Divinidad el Mundo grande, no podemos rehusar la que nos quiere hacer tambien el mundo pequeño, que es el hombre. Mas al mirar un compuesto tan admirable, es menester que me replique aquí de repente: Mundo pequeño el hombre en el Mundo grande? Todo lo contrario. Antes él es el Mundo grande en el mundo pequeño; pues quanto el resto de las criaturas sobrepuja al hombre en la extension de la cantidad, tanto el hombre sobrepuja al resto de las criaturas en el valor de la substancia: y por eso es en el Universo, como el diamante en el anillo; esto es, lo precioso de toda la obra, y el fin á que se ordenó tan bella labor.

§. I.

O si pudiera yo aquí tender todas las velas, y engolfarme hasta alta mar en un piélago como este de maravillas! Pudiera hablar de la alma racional, imágen tan expresa de la Divinidad: y si no tanto, pudiera á lo ménos discurrir de sus potencias sensitivas, interiores, y exteriores, y de las operaciones de cada una. Pudiera tambien si quisiera referir solo el nú-

BIC-

(1) Tertul. in Marc. l. 1. c. 10.

mero, el puesto, la proporcion, los officios de las partes que constituyen el cuerpo humano. Pudiera describir uno á uno los huesos todos con que se rige, que son tantos, los nervios, los músculos, las membranas, las venas, las cartilagines, las canalitas, las entrañas, las vegigas, los humores, las coyunturas, los senos, los espiritus, y tanto mas que hay; aun no bien acabado de contar, despues de diligentísimas anatomías. Se descubriera, que si se puede decir Mundo el hombre, se puede decir tambien al cabo de tantos siglos Mundo nuevo; pues cada instante tiene su tierra incognita que se descubra. Mas no se nos permite el surcar tanto mar despues de otros viages muy trabajosos que nos quedan que hacer dentro de pocas hojas. Diré, pues, sucintísimamente, que la fábrica sola de nuestro cuerpo es tan prodigiosa, que Galeno (1) despues de haberla observado algo en diez y siete libros, añadió, que le habia con esto formado un hymno perpetuo de alabanza á Dios, que supo dibujar, pudo executar, y quiso tan llenamente difundir su bondad sobre tan hermosa labor, compuesta de muchos millares de piezas, y ensamblada con tal concatenacion, que parece que se compone de una sola, cada una de las quales conteniendo en sí muchos milágras, hace que el hombre, sin razon, se espante en la naturaleza de otra obra mas que en la de la que mira mirándose: tanto en cada parte de sí mismo es un prodigio mayor que todos los otros: *Se admira de otras cosas el hombre, siendo grande milagro el mismo que de ellas se admira* (2). A lo ménos es cierto que yo á ningun Anatomista he leído, á ninguno he oído, que hablando de su arte no prorrumpa en grandes exclamaciones nacidas de la evidencia con que esa arte hace descubrir que hay Dios. Oigamos entre tantos á uno célebre por su fama, que fué Médico ilustre

(1) Galen. de usu part. l. 17. c. 3. (2) S. Aug. Homil. 32. ex 50.

tre de Enrico IV. *Entra tú, seas quien fueres, aun Ateo*, así habla aquel gran hombre. *Entra, te ruego, en el Sagrado Alcazar de Palas.... Por ventura no exclamarás, aunque no quieras: O Arquitecto admirable! O Artífice inimitable (1)!* Y este es el sentimiento comun de todos los Profesores de esta ciencia, uno de los quales me dixo, que no ha encontrado para sí mismo alguna otra, que mas que ésta le levante á Dios. A lo ménos me parece que se puede tener por indubitable, que hasta ahora no ha sucedido jamas, que un hombre insigne en la profesion Anatómica haya sido Ateísta: siendo preciso totalmente que á la luz de sus conocimientos experimentales descubra evidentemente, y venere un Numea pródigo, perspicaz, atentísimo, cuyos magisterios mira sensibíllsimamente estampados en qualquier mínimo órgano del cuerpo humano (2).

Por eso, pues, este cuerpo no se puede discurrir aquí todo entero, ni es razon que todo entero se dexé, nos estrecharemos á aquello solo que de él tenemos siempre delante de los ojos jamas cubierto, que son las manos y la cara: cuya consideracion, aunque superficial, nos anega en Dios, sin que para decirlo así, lo echemos de ver.

Ahora, en quanto á las manos, dos fines tuvo la naturaleza en darselas al hombre, uno próximo, otro remoto. El próximo fué para que pudiese coger los otros objetos corpóreos en su propio talento. El remoto fué para que tuviese en las manos un instrumento de todas las Artes. Comencemos por el fin remoto, al qual como á superior se debía conformar el próximo.

§. II.

Juzgó Anaxágoras que el hombre en gracia de las ma-

(1) *Andr. Laur. Entr. IV. Consultat. & Medic. Histor. Anat. l. 1. c. 6.*
 (2) *Franc. Redi.*

manos que goza, fué dotado por la naturaleza de seso (1). Entró en esto sin duda; pues no porque habia citara, fué producido el Músico; mas al contrario, porque habia Músico fué fabricada la citara (2). No le fué, pues, dada la mente al hombre porque tenia las manos: mas ántes le fueron dadas al hombre las manos porque poseía la mente. Sin embargo, este error incluye un gran panegírico de las manos, pues denota que es tan estupenda su labor, que no un hombre del vulgo, mas un hombre de las escuelas llegó á poderse persuadir, aunque falsamente, que por respeto de las manos eramos nosotros racionales.

Ahora, dexando pasar esto, es cierto que como la razon, al parecer del filósofo, es virtualmente todas las cosas para conocer; así la mano es virtualmente todas las cosas para obrar. De adonde es, que la naturaleza fué calumniada muy fuera de razon, de quien se dolió, de que produciendo á todos los otros animales tan bien guarnecidos, al hombre solo le produce desnudo y desarmado (3). Qué importa esto, pues al hombre le dió las manos, que se negaron á los otros animales ménos dignos que él? De aquí es, que los otros no pueden jamas mudar hábito, mudar armas, mudar nada de aquello con que los provée la naturaleza al nacer; mas se deben estar así, andar así, descansar así, dormir así; pero el hombre puede elegirse á su gusto el traje que quiere, y las armas que quiere, y las puede dexar, todo en virtud de las manos.

Quién, pues, podrá decir de cuántos bienes le provéen tambien las manos? Estas le provéen de alimento, éstas de habitacion, éstas de rentas, éstas de regalos, éstas de amenidades, y éstas de infinitas re-

(1) *Arist. de Part. Ani. l. 1. c. 10.* (2) *Galen. de usu part. l. 1. c. 1.*

(3) *Arist. l. 1. & Galen. de usu part. l. 1. c. 4.*

creaciones que goza, ya en las pescas, ya en las cazas, ya en los convites, ya en los juegos, ya en las músicas, ya en los teatros, que sino fuera por las manos, serian todas obras desconocidas en el Mundo. De aquí se puede el hombre considerar en dos estados: en la paz, y en la guerra. En la paz, qué fueran todas las Artes, propias de un corazon tranquilo, sin la mano? Antes sin la mano no fueran. No fueran las mecánicas, quales son el texer, el hilar, el fabricar, el coser, y otras infinitas que tienen de la mano toda su forma, aunque tan varia. No fueran las científicas, quales son la Astronomía, la Arquitectura, la Música, la Anatomía, la Aritmética, la Geometría, la Geografía, que tienen de la mano todos sus instrumentos admirabilísimos, y tambien todas las operaciones. Y ménos fueran aún las imitadoras, quales son el delinear, el pintar, el fundir, el entallar, el cincelar, el esculpir; Artes tan del todo deudoras á la mano. Y por qué causa una Pintura, una Escultura, una Estatua se dice que son de mano de Rafael, de Bernini, de Buonaroti, ó se niega que son de su mano, sino porque quanto en tales obras hay estimable para la vista, se atribuye, estoy por decir, casi mas á la mano de sus valientes Artífices, que á su entendimiento?

En la guerra la mano hace que no solo se defiende el hombre valerosamente, mas tambien que ofende mas que qualquier animal. No tiene, pues, el hombre necesidad de cuernos, como la tienen los toros, porque puede mucho mas una espada de acero, que aquellos huesos agudos, una lanza y un arco, y mas aún una escopeta cargada. De adonde es, que los toros con su indómita frente pueden solo ofender de cerca; mas el hombre con la mano quanto pasa adelante en desahogar su enojo! Y por eso no tiene causa de envidiar sus dientes al javali, su pico

al gavilan, sus garras al escorpion, sus uñas corvas al águila, sus colmillos horrendos al leon (1). Y si el leon vence al hombre en la velocidad, veis aquí que con la mano llega el hombre á sujetar al caballo, sobre el qual sentado sobrepuja al leon en la carrera: de aquí, labrando mil armas en los arsenales, asuelda, para decirlo así, hasta los rayos en las bombas; y llegando hasta domar los elementos con su mano; ya manda al Océano que le sustente, aunque soberbio; sobre su espalda poderosas armadas, y ya aprisiona al fuego dentro de las minas, hasta precisarlo, si se quiere poner en libertad, á que le sirva en el exercicio de destrozador, enviando al ayte (ya murallas, ya masas de inmensa grandeza.

Todas estas artes, ó pacíficas, ó belicosas (con otras muchas que se podian contar) de qué le servirian al hombre sin la mano? Serian como una águila sin plumas, inhábil para levantarse un palmo de la tierra; quanto mas para volar; pero con el favor de la mano á qué no se han adelantado de perfeccion? Los soldados de Pyrró, por darle una alabanza digna de aquella velocidad con que al mismo tiempo llegaba, asaltaba, y derrotaba á todos sus enemigos, le aclamaron un dia con el nombre de Águila; y escuchándolo él, si, dixo, soldados míos, contento estoy con la honra que me haceis, diciendo que soy una Águila, para que sepais que vosotros sois aquellas alas con que me encumbro. Dénsele, pues, y al entendimiento humano todas las alabanzas mas altas que merece; con tal que se confiese que las manos son las alas, con que hace que el hombre se levante sobre los otros animales, y los domine.

Parte I.

Q. zohot noo, of. III.

(1) Galen, de una parte. libro. supra. raris nullo on Y

servicio a una, y á otros en la otra, y en la mano izquierda. Y así, como la obra es III. y el fin es el mismo. De aquí es que nos falta que considerar ahora lo mejor, que es el artificio con que fabricó la naturaleza las manos, para que le sirviesen al hombre de executoras tan hermosas de sus designios. Y pues esto no es mas que probar el segundo punto; esto es, qué acomodadas fueron las manos para su fin próximo de tomar, de apretar, de forzar, de trasladar á otra parte lo que se quiere, veis aquí que se le dió lo primero una figura algo larga, que se termina en muchas partes sutiles y abiertas, y flexibles á maravilla: de otra manera no pudieran las manos agarrar qualquiera suerte de cuerpos, ó redondos, ó concavos, ó derechos (que son las formas á que se reducen todos), y mucho ménos pudieran asir los mayores ó los menores por sí mismos, y con dificultad los iguales: y porque muchos de estos cuerpos son tambien de cantidad, ó desacomodada ó pesada; no solamente las manos, con atención á ellos, son dos, mas son tan iguales, tan fáciles de doblar, y tan bien inclinadas la una á la otra, que se pueden ayudar con suma facilidad, como dos hermanas carnales. *De la división de las partes de la mano.*

Demás de esto, la división de las partes, esto es, de los dedos en que la mano se acaba, debía ser con tal arte, que quando éstos se juntan unos con otros, sirva la mano como si fuera toda de una pieza; y quando se separan, sirva como si fuera de muchas: para el qual fin se requeria tambien que los dedos fueran muchos en número, pero no iguales en longitud, para que pudiesen á la par comprender lo poco y lo mucho: lo poco, como es una aguja para el sastre, con las extremidades de los dos primeros; lo mucho, como es una alabarda para un soldado, con todos juntos.

Y no debían estar estos dedos todos dispuestos de un

sin mismo modo: de otra manera, si estuviera á un lado el pulgar, cuál fuera la fuerza de los otros quatro? Para apretar bien una cosa es menester apretarla por arriba y por abaxo: por arriba la aprietan los otros dedos: por abaxo al mismo tiempo el pulgar deda, por eso mas corto, pero mas grueso: mas corto, porque no les sea á los otros de estorbo: mas grueso, porque debiendo por sí solo equivaler á todos los otros, ha de ser mas robusto. De aquí es, que como la mano ya no sirve de nada, si perdiéss los otros quatro dedos queda con solo el pulgar, así sirve de poco, si perdido el pulgar queda con los otros quatro. Y por eso á los Egimetos (1), tan valerosos en el mar, les hicieron los Atenieses cortar el pulgar, para que quedasen aptos para manejar el remo á su gusto, mas no la lanza.

Y como los cuerpos esféricos para ser bien tenidos no requieren ménos de cinco dedos, son cinco los dedos, pero no son mas; porque el sexto, como no es necesario, fuera mas de incomodidad que de ayuda para qualquiera obra.

De la misma manera debían los dedos ser tan tiernos, tan redondos, y estar tan reforzados en su extremidad con las uñas, como lo son en nosotros: si no fueran tiernos, no fueran instrumentos oportunos para el tacto, tanto mas valiente, quanto mas despierto: si no fueran redondos, no fueran tan fuertes para tener lo que agarran; y si no estuvieran reforzados con las uñas, fueran inhábiles para tocar bien, especialmente las cosas pequeñas, y para ras-car, para arañar, y para descarnar lo que es menester.

Demás de esto, no les bastaba á los dedos el poder doblarse para agarrar oportunamente lo que quisiesen, mas se debían tambien doblar tanto, que se

Q 2

200

(1) *Elían. de Var. Hist. lib. 2. cap. 9.*

acomodasen á qualquiera figura: por otro lado no podian sin huesos hacer grande fuerza. Por eso veis aquí que la naturaleza, y labrándolos para este efecto de huesos y de carne, ha dividido á un tiempo los huesos en muchos artejos, para que la mano se pueda abrir en un momento, y cerrar sin fatiga. Tres son los artejos de los dedos menores, porque si fueran mas, no se extendieran tan bien; y si ménos, no abrazaran qualquiera figura aun redonda: y solos dos los del mayor, esto es, los del pulgar, para que tenga mayor fuerza para resistir quando aprieta: cada uno de estos artejos está atado no ménos blanda que fuertemente en su coyuntura, para que con ningun esfuerzo se desconierte, estando entretanto cada coyuntura llena de un humor pingüe, que facilita el movimiento hácia qualquiera parte, como se acostumbra tener untadas las ruedas, para que andando mas expeditamente, se vuelvan al rededor del eje.

Y como los huesos no se podian mover por sí solos, les añadió la naturaleza los músculos proveídos, ni de tanta carne por la parte superior de los dedos, que saliese la mano demasadamente pesada, ni de tan poca por la parte inferior, que como se ca quedase poco hábil para palpar.

A los músculos fué menester añadirles los nervios, las venas, las arterias, las fibras, y otros lazos delicadísimos, acerca de los quales observa tantas Galeno, y admira tanto la sabiduría de su Compondor, que parece que se convirtió de Médico en Teólogo, llegando á reconocer en la figura, en la fortaleza, y en la creciente de las uñas mismas una Providencia bastante para colorear á qualquier incrédulo.

§. IV.

Mas entretanto me sucede á mí lo que á un pescador de perlas, que mirando debaxo del agua una tropa de margaritas que van nadando, no sabe las que ha de coger codiciosamente, y las que ha de dexar; y no se alegra tanto con la presa que coge, como se affige por la que se le escapa de la mano, estrecha para la necesidad. Otro libro diverso de éste era menester para discurrir dignamente de estas cosas, sin arrepentirse de haber emprehendido el tratarlas. Parando sin embargo en lo poco que he insinuado, habrá quien se pueda persuadir á que manos trabajadas con tan grande aptitud para su fin estan sin arte? Antes cómo es posible que esten sin arte, siendo las inmediatas laborantes de quanto todas las artes tienen en sí de utilidad y de hermosura, que es tanto! Por eso aun quando el hombre se hubiera hecho mudo para predicar las glorias del Criador, estoy cierto de que aun privado de lengua, me le daría á conocer claramente, como lo sabe hacer claramente qualquier mudo con las manos.

Y vosotros, que con esta ocasion habeis ahora descubierto quán grande beneficio fué el que os concedió el Criador con haceros, en virtud de ellas, expeditos y sueltos para qualquiera obra vuestra, os habeis jamas acordado de agradecerle tan grande don? Figuraos con brevedad, qué es un hombre que nace manco, ó se hace manco dentro de poco: no es espectáculo, aun para los mismos enemigos, de piedad suma? Pues cómo quereis que un beneficio tan noble como éste se le deba á la casualidad? La casualidad (si queremos hablar así) la casualidad le puede quitar á alguno las manos, haciendo, pongamos por exemplo, que quando descarga un arcabuz ó una pieza de artillería se le manquen miserablemente; pero no puede dárselas. Esto jamas se ha executado en la

la memoria de los hombres. Cómo, pues; se hallará quien en vez de emplear sus manos en texer cada día nuevas guirnaldas de gloria á quien se las dió, las emplee ingrato en arrancárselas de la frente?

CAPITULO XVI.

La fábrica del rostro humano demuestra á Dios.

Si en el reyno de la razon, la mano, como habemos visto, es el primer ministró del alma, será necesario decir, que la cara es como el trono, donde sentada hace visible á todos la magestad. Nosotros, para ceñirnos siempre mas, no contemplaremos en la cara mas que su superficie sola, y para decirlo así, la fachada (1). Y porque las cinco partes que requiere Vitruvio en todo bien ideado edificio, se pueden cómodamente reducir á dos, á lo útil y á lo hermoso, contemplaremos tambien nosotros estas dos solas en la fábrica augusta del rostro humano.

§. I.

Y para comenzar por lo hermoso, aquella belleza, que aunque se gloria de que domina los corazones como señora, mas verdaderamente los violenta como tirana, haciéndose tal vez esclavos los mismos Reyes, y aun obligádolos á amar hasta las cadenas con que los aprisiona: aquella belleza, digo, dónde tiene su silla fuera de la cara? Lo sumo que la antigüedad pudo, ó pensar ó escribir de la divina eloqüencia de su Platon, fué afirmar que no se podía quitar de lo que decia una palabrita, y substituir otra, sin echarlo á perder. Mas quien está acostumbrado á contemplar las obras de la naturaleza, sabrá muy presto conocer cuánto mejor se le acomoda esta

(1) *Lib. 1. cap. 6.*

alabanza á labor estupenda del cuerpo humano, y singularísimamente de su cara, en la qual qualquiera variacion de sitio, de materia, de cantidad, de tejido, aun ligerísima, pervirtiera de un golpe la simetría de aquel todo, que se compone de pocas partes, mas tan bien juntas unas con otras, y tan bien enlazadas, que solo mirada en su superficie, roba los corazones, y los roba con tal extremo, que hace que no sea sola la Grecia la que se pone toda en armas por un hermoso rostro: por todas partes hay muchas Elenas idolatradas, por las quales si no se hacen guerra, y derraman la sangre los pueblos codiciosos de ella, se hacen guerra, y derraman la sangre sus privados galanes; y se juzga por gloria el ofrecer por ellas en víctima las riquezas, la reputacion y la vida. Qué importa que la cara de la muger sea flor del campo, hoy pomposa, y mañana marchita? Esta pompa misma fugitiva les parece en aquel exercicio á sus amantes tan agradable, que si fuera un amaranto inmortal, no parece que la pudiera estimar mas la fantasía de los mortales, poco ménos que estáticos al contemplarla.

Volviendo al intento, quién no creyera que para trabajar una belleza de tanta estima, no era menester formar todas las caras con un ayre, y estarlas todas con una imprenta misma, destinada á este fin? Y sin embargo considerada una multitud sentada en un anfiteatro para algun espectáculo: allí descubriréis á un tiempo en qualquiera de aquellos rostros semejante á sí, y en qualquiera diferente. Pues una variedad tan admirable podrá ser un ovillo de otras tantas fantasmas, algebrezadas en el sueño por la casualidad? Sabemos que esta es la excelencia mas rara de un valiente pintor, el tener tal riqueza de hermosas ideas en el entendimiento, que le salgan del pincel delineadas todas en semejanzas diversas; y queremos reconocer por casual abatimiento de la des-

aconsejada fortuna toda aquella hermosura y toda aquella variedad, de que admiramos una tan pequeña parte, como prenda frecuentemente no concedida á los artifices aun grandes; de suerte, que los mismos que se admiran tanto de Miguel Angel, como de un milagro del arte, porque no encuentran en sus figuras dos rostros de la misma invención, se puedan despues persuadir á que trazas tan varias con que se forma cada dia la innumerable muchedumbre de las caras humanas, sean obra de un mentecato, que ciegamente haya encontrado el cuño, y mas ciegamente lo vaya poniendo en execucion?

Añádese á todo esto la necesidad que había de tan perfecta semejanza; y acabase así tambien de entender, que no fué casual, mas fué querida con grandísimo estudio por la Divina Sabiduría, amiga en todo de unir con lo hermoso lo útil, como se hace en las fabricas bien delineadas.

Por otro lado parecia que la naturaleza había de querer, que todos los que son interiormente uniformes en la substancia no fuesen exteriormente diversos en los accidentes (1); de manera, que como son poco diferentes en el aspecto un leon de otro leon, un lobo de otro lobo, un oso de otro oso; así fué-se tambien un hombre poco semejante de otro hombre, y principalmente de aquellos de quien trae tanta parte en sus venas con la sangre misma y con los espíritus mismos, como son los progenitores. Mas haced cuenta que así sucede: qué lugar tendrá ya entre nosotros la justicia, la honestidad, la paz, la fidelidad, que es la basa de todo el comercio humano? El culpado se venderá por inocente, el asesino por custodio, el adúltero por consorte, el mentiroso por verdadero; y la vida humana privada de correspondencia reciproca, y llena por el contrario de sospechas, de

(1) V. *Lezz. de Provident. n. 108.*

sombras, de hostilidades, se reducirá por menor mal á las selvas, y llorará todo el estado civil sepultado en un caos de confusion, imposible de poner en orden.

A todos estos desconciertos se opuso la naturaleza, diándole á cada uno una cara tan propia, que como en el abecedario á una simple vista se distinguen todas las letras sin deslumbramiento, así á una simple ojeada se distingian tambien todos los rostros, de tal manera señalados con su ayre, que el propio de uno sea de otro; de adonde el hallar dos caras totalmente semejantes, parezca aquel milagro tan raro en las historias, y por eso fingido tan frecuentemente en las tablas para fiudo de muchas agradables diversiones.

Por el contrario, porque esta diversidad de semblantes importaba poco para la vida solitaria que tienen los brutos, hizo poco caso de ella la naturaleza, siempre magnífica en hacer bien á sus partes, pero no pródiga; de suerte, que el distinguir en un rebaño de ganado, vestido de una misma lana un corderillo de otro, es obra entre los pastores de una sagacidad mas que vulgar.

Pues una providencia tan proporeionada á la necesidad tan universal, y tan estable en todas las generaciones y en todas las gentes, cómo se puede referir á una fortuita junta de particillas unidas á ciegas; pues una junta qual fuera esta tan hermosa, tan útil, y tan no premeditada, no pudiera ser tan frecuente en acontecer, y tan fiel en perseverar? *Nada hay perfecto en órden, que pueda persistir sin gobernador*, dice Lacrancio (1). Y por eso siendo aquel órden que vemos en la presente constitucion de las caras tan ajustado, no puede dexarse de refundir en algún Soberano Regulator, de quien provenga.

Part. I.

R

(1) *Lib. 3. cap. 10.*

De aquí podemos nosotros discurrir de esta forma: si sola la superficie del rostro humano es por sí sola un espejo bastantísimo para representarnos la Divinidad, tan provida en querer vario el aspecto de qualquier hombre, y tan vigorosa en conseguirlo, sin alguna alteracion por eso, ni de sitio, ni de simetría, ni de número en las partes uniformes que le componen; quién sabrá decir qué espejo para un entendimiento bien puro será aquel mundo de maravillas, que se encierra en el interior edificio del mismo rostro, donde estan puestas las oficinas de los sentidos, constituidos todos por la naturaleza en la cabeza, como en la parte mas noble, y para decirlo así, en el palacio real del cuerpo humano! Yo á la verdad me he propuesto ser breve; mas sin embargo me sucede lo que á los que paseándose largamente por las riberas del mar, no se saben contener al verle sosegado, y quieren, sin subir en alguna barquilla, costear ligeramente las riberas, que tanto les convidan. Pesárame demasiado el no dar á lo ménos de paso una ojeada á las orejas y á los ojos, dos sentidos por otra parte los mas beneméritos de las ciencias.

§. II.

Hay una oreja interior, y otra exterior. La exterior no fué fabricada por la naturaleza (1), ni de hueso, ni de pura carne, mas de una ternilla aforrada, como todos los otros miembros, de piel: no fué formada de hueso, porque tan dura se podria facilmente quebrar, principalmente al reclinarse sobre ella quando el hombre está echado; y demas de eso, qué incomodidad no le hubiera traído quando duerme (2)? Tampoco fué formada de pura carne, porque no hubiera podido conservar siempre la justa

(1) *Hon. Fabr. de Homin. lib. 2. prop. 57. (2) Andr. Laur. Hist. Anatom. lib. 11.*

figura que se requeria para la hermosura del rostro, y para la bondad del oido, donde toda alteracion es de grave incomodidad.

En medio tiene un pequeño agujero, cuyo uso ménos noble es purgar al cerebro de la cólera. Y sin embargo esto mismo fué grande arte, porque aquel humor amargo y pegajoso que mana por allí, pueda detener á qualquier pequeño animalito, que por aquel agujero se insinúe dentro de la oreja, ó le pueda echar.

Demas de esto es torcido el camino por donde se entra; y esto para que el ayre, movido con algun ruido demasiadamente impetuoso, no ofenda la oreja interior, hiriéndola toda al primer golpe: y se termina este camino en aquel, que llaman tímpano del oído, que es una membrana delicadísima y sequísima, sólida, y tendida en un círculo de hueso puntualmente, como lo está la piel sobre el tambor: es delicadísima, para que pueda percibir qualquiera pequeña vibracion del ayre que traiga són; es sequísima, para que sea sonora: de otra manera cómo fuera sonora, si fuera húmeda? Y es sólida y tendida, para que sienta qualquier temblor; mas no se rompa.

En la superficie exterior de este tímpano hay un niervecito tirado como una cuerda; y en la interior tres huesecitos, que se llaman estimo, yunque y martillo, por la figura que tienen, y juntamente por el uso, que es que el tímpano, movido de aquel temblor, que al propagarse en el ayre produce el són, comunique ese temblor á aquellos huesecillos, y con él le haga sensible á los nervios allí asidos, y por los nervios al cerebro.

De aquí es que tuvo misterio el número de esos huesecillos, y la calidad: la calidad, porque á no haber sido huesos, mas nervios, ó perezosos, no hubieran llevado el són quando era razon; ó tendi-

dos le hubieran con sus ojos doblado al punto y confundido: el número, porque á no ser muchos huesos, mas uno, éste por su anchura y sutileza se pudiera facilmente romper. Y por eso entre mil observaciones estupendas que, demas de las hechas, pudiéramos hacer en tan hermosa fábrica, baste ésta, y es, que siendo en los niños de pecho, que ha poco que nacieron, todos los huesos tiernos, y todas las membranas delicadas y blandas, aquella membrana y aquallos huesecillos que sirven para el oido, son por el contrario no ménos duros y secos que en los adultos: de otra manera todos nacieran sordos. Y no basta esta arte sola para hacerlos conocer el magisterio divino de la naturaleza, que á todo atiende con tanta menudencia, y todo lo provee? Fuéramos muy insensatos, si fuéramos tambien de aquellos miserables, que estudiando tanto en las obras naturales, conocieron al Arquitecto tan poco: *Reparando en las obras, ignoraron quién era el Artífice* (1).

§. III.

Pasemos ahora á los ojos, soles, para decirlo así, de aquel cielo que se extiende en la frente (2); mas son dos soles, para que quando el uno por desgracia se eclipsa, supla su falta el otro. Si el Sol fué llamado Hijo visible de Dios invisible, nosotros mas ajustadamente les llamaremos á los ojos retratos, que se ven del ánimo, que no se ve; pues entre los sentidos ninguno otro nos representa mas de cerca la mente que la vista, por el objeto que tiene, entre todas las calidades corpóreas el mas noble, que es la luz, por la multitud de las verdades que nos descubre, poco ménos que innumerables, y por la certidumbre con que nos asegura: de donde pudo llamar

(1) Sap. 13. (2) Honor. Fabr. Tib. 2. de Homin. prop. 59. Andr. Laur. Hist. Anim. lib. 11.

Galeno á los ojos particillas divinas, y creer que en gracia de ellos formó la naturaleza al cerebro.

Ahora como los ojos son admirables en sus operaciones, así no lo son ménos en su oficio (1). Son dos, como ántes dixé; pero de suerte, que penden ámbos de un mismo principio: de aquí es que los objetos, aun mirados con los dos ojos, no parecen dos, mas parecen únicos, como lo son. Su figura es redonda: figura, que añade siempre mayor capacidad, mayor agilidad, mayor robustez. Están colocados en lugar sublime y cóncavo: sublime, porque han de servir de centinela á todos los demas miembros; y cóncavo, porque han de quedar fortalecidos por todos lados con la dureza de los huesos que los cercan, y con su propia guarda de los párpados; lo qual conduce tambien admirablemente para conservar y corroborar aquellos espíritus con que se forma la union.

Y qué dirémos de la simpatía estupendísima con que ámbos se mueven siempre juntos, y ahora se baxen á la tierra, ahora se alcen al Cielo, ahora se vuelvan de qualquier lado que les agrade, siempre uniformemente (2)? Sin esta uniformidad, que proviene de que estan ámbos ojos atados, como ántes se decia, á un mismo principio, el ver fuera un perpetuo engañarse; los ojos fueran testigos siempre discordes; los objetos parecerian unas veces multiplicados, otras veces defectuosos; y fuera mas ventura el tener un ojo solo, como los Poetas lo fingieron en los Cíclopes, que tener dos (3). Su substancia no tiene en sí punto de carne (que es la razon por qué con estar siempre expuestos al rigor del ayre, no sienten algun frio); mas es de una agua pingüe, qual era menester que fuese, para recibir las imágenes que les envian los objetos.

(1) Arist. Problem. sect. 31. n. 11. (2) Arist. Problem. sect. 31. n. 7. (3) Arist. Problem. sect. 31. n. 23.

Y si queremos baxar mas á lo particular, esta substancia misma está compuesta de tres humores: del agüeo, del vitreo, y del cristalino, que es el centro de los ojos, y mucho mas estimable que todos los diamantes: á éste le sirven los otros dos humores, ó para defenderle, como lo hace el agüeo, ó para nutrirle, como lo hace el vitreo, que demas de eso le forma el engaste, como el anillo de oro se le formará á una resplandeciente perla.

Mas porque un agregado de particillas tan blandas no podia mantener largo tiempo su figura, sin contraer alguna pequeña arruga que impidiera totalmente la vista, veis aquí que la Providencia de la naturaleza acudió á vestir á cada humor con sus pielecillas delicadissimas, distribuidas con tan hermosa arte, que las transparentes, como la córnea, ciñen los ojos por todas partes; y las opacas, ó les pintan el fondo negro, como lo hace la retina, ó se abren delante del humor cristalino en una pequeña ventanilla, como lo hace la uvea, la qual, ya dilatándose mas, ya ménos, admite ya mayor luz, ya menor, como se requiere para ver bien todos los objetos. Finalmente, estas esferas trabajadas con un magisterio tan primoroso, se han dado para que las revuelvan á seis pares de músculos, de los quales quatro son rectos, y dos obliquos, para que muevan velocísimamente los ojos á qualquier lado, y hagan que merezcan igualarse á las esferas celestiales en la celeridad aquellos orbucillos terrenos, que como vivos las adelantan sin igual en la hermosura. Y quando á un imprevisto revolverse aquellas esferas, nos hacen ver tanta variedad de accidentes en el mundo grande, quanta nos hacen ver los ojos en el pequeño á una sola variacion de mirada, con que nos muestran al hombre de alegre triste, de ayrado aplacado, de atrevido pavoroso, de soberbio humilde, de distraido atento, de desdenoso amoroso?

Son

Son tantas aquellas mudanzas de tablado, que una sola vista sabe hacer en el rostro humano cada momento, que nadie las puede saber, si no sabe cuántos son tambien los afectos que pueden concurrir allí para tener las partes contrarias, quando ménos se esperan.

Estos son los ojos, ó por mejor decir, este es un borrador de aquel inimitable magisterio, que da tanto que estudiar á la Anatomía por un lado, y á la perspectiva por otro, al contemplar la institucion y el ingenio de tan grande obra. Mas entretanto quien se puede acordar de esto poco, sin exclamar al mismo tiempo: O Dios incomprehensible! Verdaderamente es la naturaleza un velo que os cubre; mas es un velo transparentísimo, que dexa salir por todas partes de Vos millares y mas millares de rayos, para que nos hieran el entendimiento indocil: que por eso sois incomprehensible, pero no incognoscible para nosotros los mortales, como os puede calumniar el que no piensa en Vos. No merecen tener en la cabeza los ojos que recibieron de Vos los Ateístas, si no reconocen al punto en qualquier hombre la Providencia con solo que le miren al rostro. Ahora, qué aconéciera, si pudieran los miserables penetrar aquel abismo de maravillas, que interiormente compone nuestro cuerpo, y le hacen alvergue digno de un señor tan excelso, qual es el alma racional; y mucho mas aquel abismo de maravillas, que contiene en sí la misma alma racional con sus potencias, con sus hábitos, con sus actos, con sus especies, ó finásticas, ó intelectivas que siempre adquiere? Fuera menester entonces que el estupor pasara á horror; pues con ménos no se contentaba San Agustín, ni en la contemplacion de una pequeña semilla, quando considerando la amplitud de la virtud en la tenuidad de la cantidad, exclamó aturdido, que se lle-

lle-

llenaba de grande horror: *Tengo horror quando lo considero* (1).

No suceda, pues, ya que la impiedad se fatigue con grande fuerza para borrar del entendimiento el conocimiento de Dios. Fatiga vana. El Artífice Omnipotente ha estampado tan profundamente su nombre, no como Fidas en el escudo de su famosa Minerva, mas en qualquiera parte de nosotros mismos, que si el hombre no se destruye con su mano propia, no puede llegar á raer de sí la memoria de su Hacedor. Mas ántes, abandonada una empresa que es tan inútil y tan dañosa, vuélvase con mejor consejo á quien le dió quanto goza, y para pagarle el debido tributo, estudie con mas facilidad y con mas fruto imprimir las divinas facciones en sus costumbres. Los árboles, aunque fixos profundamente en la tierra, siguen con la mayor parte de sus ramas al Sol por aquel lado donde experimentan los rayos mas vigorosos; y nosotros, mas insensatos que una planta, privada, si no de vida, á lo ménos de sentido, no llegaremos alguna vez á reconocer aquel Sér primitivo, que nos fué Padre, inclinándonos entretanto, aun por fuerza, hácia su Magestad con todo el peso de nosotros, que nos impele á él por un instinto natural é incontestable?

CAPITULO XVII.

Demústrase Dios debaxo del concepto de un Sér sumamente perfecto.

Los observadores de las estrellas allá en Egipto (*) acostumbraron al principio contemplar al Cielo desde aquellos mismos campos abiertos donde habitaban;

225

(1) Tract. 8. in Joan. (2) Dior. lib. 2. cap. 4.

mas despues perfeccionándose el arte con el tiempo, fuéron poco á poco escogiendo para esas observaciones las atalayas mas sublimes, y aun fabricándolas: tanto, que el mas noble uso que tuvo aquel excelsísimo Templo de Babilonia dedicado á Belo, fué servir con su emittencia á los Astrónomos de aquellos dias, para considerar los movimientos de las esferas desde un ayre ménos cargado de los vapores, que alteraban demasiado con la oportunidad de las refecciones, las medidas fieles, y los puntos firmes. Ahora hasta aquí, desde el llano de las criaturas habemos contemplado algo groseramente acerca de la existencia del Criador. Justo es, pues, que resignada la forma de especular, nos levantemos ahora sobre todo lo sensible, para contemplar desde allí, como desde puesto mas puro y mas próximo, no al Cielo (que nos quedará debaxo de los pies), mas al Criador del Cielo en su grande sér, que contiene en sí todos los grados de perfeccion que está dividido en qualquier grado de sér imaginable. De otra manera me pareciera que habia hecho grave injuria á la capacidad de vuestro entendimiento, si no confiara que podia imprimir en él la verdad de la Divina existencia con otras estampas que con las groseras que nos dan las oficinas de los sentidos.

Y en primer lugar me agrada que juzguéis de qué pena son reos los Ateistas, negando el ser al primér Sér. Anaxágoras, porque esparció que el Sol no era otra cosa que una grande piedra de fuego, fué reputado de los Atenienses por digno de cruel muerte, en virtud de la qual no hubiese de mirar ya mas aquella luz que tanto iba infamando con esta sentencia. Dexo, pues, al noble Areópago de todos los sabios el establecer qué suplicio se le debe, no á quien afirma que el Sol es un gran crisolito, ó un gran carbunco, como el que Anaxágoras podia decir que en-

tendia por aquella piedra de fuego: mas quién no teme afirmar que Dios no es mas que un hombre quimérico, una fantasma, una fábula, una nada, debaxo de la máscara de todos los bienes! Y sin embargo á tanto llegan los Ateístas.

Mas un poco de espacio, que aquí es donde quere yo sacar al topo, si lo puedo conseguir, aunque le pese, debaxo de la tierra á mirar la luz, valiéndome de este dilema agudo.

Vosotros decís que no hay Dios: *No hay Dios*. Ahora bien: supuesto que no le hay, ó es posible, á lo ménos que le haya, ó no es posible? No es mucho que á la primera llegada me concedais su posibilidad, pues á algunos les diera poco disgusto el saber que Dios es posible, con tal que se asegurasen de que no es acrualmente. Mas poco á poco, que respondiéndolo así, quedais súbitamente en la red, pues no veís dentro de vosotros que á la primera causa de todas las cosas no se le puede conceder la posibilidad, sin concederle juntamente la existencia. El Sol, los mares, los montes, el hombre y todas las demas criaturas pueden ser, aun quando de hecho no son. Mas Dios no puede. Si es posible, es juntamente en acto. Porque fingid que pueda ser, mas no sea. Luego háy alguna causa que pueda producirle: no sabiendo nuestro entendimiento ni aun aprender que parto alguno puede salir jamas de los tenebrosos abismos de la nada, y salir por su virtud propia. Si sale, es menester necesariamente que haya quien le saque fuera, comunicándole aquella existencia de que qualquiera efecto, mientras es meramente posible, aun no ha llegado á tomar posesion. Esta causa, pues, en cuya virtud fuera posible que Dios del no ser actualmente, pasára al ser: esta causa, digo, fuera en sí mas perfecta que fuera el término producido con tan grande accion: pues no solo le igualára en todas las prerogativas de poder, de sabiduría, de ciencia, de bondad

dad y de otras semejantes perfecciones que le diera al producirle, mas tambien le precediera por aquella prioridad á lo ménos que llaman de naturaleza, sino por la que se llama prioridad de tiempo: y por eso esta causa misma fuera Dios ántes que el efecto producido. Contuviera en su seno el manantial de todos los seres ántes de trasladarlo al seno ageno: y así mas verdaderamente fuera la causa primera. Mirad, pues, como con ilacion necesarísima se saca, que si se da por posible el primer Sér, no puede al mismo tiempo dexarse de dar por existente.

Aquí el Ateísta endurecido no puede hacer mas que retractarse, y decir, que erró en conceder á Dios posible. Antes debia decir, que es imposible totalmente; y así acabar todos los pleytos.

Mas veís aquí al desventurado en peor enredo. Por eso, pues, me abstendré yo de arguir mas adelante contra él, para dexarle la fatiga no poco grave de probar tan hermoso asunto. Yo para mí sé, que segun el Filósofo, posible es todo aquello, que si se reduce al acto, no traerá algun inconveniente consigo. Diga, pues, qué inconveniente puede traer consigo la conveniencia misma; la pura perfeccion, la pura bondad, el puro sér en acto, que es quanto entendemos nosotros nombrando á Dios? Sin embargo, mostrára que tenia demasiado temor en esta batalla, si quisiera meramente rehusarla, como puesto en un alto collado, y no darla. Arguyo, pues, de esta manera.

§. II.

Todas las criaturas estan situadas como entre dos extremos contrarios, entre el sér, y el no sér. Y por eso, participando tan bien todas del uno y del otro extremo, en parte son ricas, y en parte son pobres, que es lo mismo que decir, que llevan con todos sus bienes junta la imperfeccion. Ahora, os pregunto aquí: por qué son imperfectas? Porque les falta un bien

fabulástico, fabuloso, imposible, que ninguno pudiera desear sin locura? No ciertamente: pues el defecto de qualquier bien falso no se debe atribuir á pobreza, mas á ventura. Luego no es imposible el bien que les falta. Mas el bien que les falta, es un bien infinito; pues se puede brevemente decir aquel bien que tienen: mas no se puede jamas acabar de decir aquel que no tienen. Luego un bien infinito no es imposible. Y tal es Dios.

Despues de esto, quién puede negar que el estar exento de todo defecto es prenda no solo buena, mas excelentísima, siendo la flor de toda bondad (1)? Pues ahora, cómo habeis de decir que es imposible? Lo imposible es sumamente aborrecible, es despreciable, digno de risa. Esto es clarísimo entre todos los sabios. Quién, pues, dirá que es aborrecible, es despreciable, y es digno de risa el estar exento de todo defecto? Antes este es el único bien que es digno de todo amor. Luego es bien posible; pues todo bien se sustenta sobre el ser. Y si es así, es posible Dios; no siendo Dios finalmente mas que un bien puro de qualquier defecto. Y verdaderamente, si una luz no es jamas contraria á otra luz, tampoco una perfeccion simplicísima y purísima será jamas contraria á otra perfeccion de semejante género. Luego podrán todas de acuerdo hacer liga unas con otras, como la hacen todos quantos diamantes hay en una joya de oro; y todas se podrán unir cómodamente en una suma naturaleza que las posea sin excepcion. Y tal es la naturaleza Divina. Considérese, pues, la necesidad de un Ateísta! Quiere que el Bien Sumo sea bien quimérico. De donde, con tal que no haya Dios, no hace caso de otra cosa. Elige que sea imposible el Sumo Bien; antes que elegirse el Sumo Bien en un Dios posible.

§. III.

(1) *Ant. Perez, de Deo, d. 1. c. 4. §. 6.*

§. III.

Ea, sea así: no sea posible Dios. Reparemos un poco que inconvenientes se siguen de esto en un punto. Todos los imaginables de todo género, ó sean físicos, ó sean morales. Los físicos faltando el primer principio: los morales faltando el último fin.

Y en quanto á los físicos, si Dios no fuera posible, no fuera posible cosa alguna. Porque como no fuera posible algun calor, ni alguna claridad, sino fuera posible el calor máximo, y la claridad máxima, de cuya mayor ó menor participacion proviene que se hallen cosas cálidas, y cosas claras en tan varios grados; así no fuera posible algun ser, sino fuera posible el Ser máximo, que es el ser por sí mismo (1).

En quanto á los morales, si Dios no fuera posible, mirad quanto sucediera detestable! El amar á Dios sobre todos los otros bienes; el temer su enojo; el protestarle sujecion, el hacerle súplicas, el observar los juramentos hechos en su nombre, fueran todas cosas no solamente necias, sino malas como contrarias á la recta razon. De donde no fueran virtudes, mas vicios del hombre. Por el contrario, el ser perjuro, sacrilego, profanador de templos, blasfemo; fuera, segun la recta razon, y mereciera mayor alabanza, que mereciera quien arrojará en tierra un idolo de los altares, y protestára que lo hacia porque era una estatua, y no un Dios verdadero. De suerte, que por último, las blasfemias, los sacrilegios y los perjuros ya no fueran excesos en el género humano, mas perfectísimas virtudes, que hicieran digno de todos los encomios á aquel Dionisio, Tirano de Zaragoza, que quedó tan infame para los venideros, por haber no solamente despreciado la Religion, mas burládose siempre de ella (2).

De-

(1) *S. Thom. 1. 2. q. 44. art. 1. (2) Valer. Maxim. 1. 1. c. 2.*

Demas de esto, la Suma Sabiduría se habría de reputar suma necedad si Dios no fuera posible; y la suma necedad se habría de reputar suma sabiduría. Porque todos los maestros de las cosas Divinas se hubieran alucinado en la primera de todas las verdades. Habrían atendido por las posesiones de la nada á seguir la caza perpetua de una sombra vana. Habrían dado preceptos maravillosos de creer, de confiar, de sujetarse á un mero sueño; esto es, á un sér que no tiene más sér que el disparatado de una quimera que se aparece para burlar la fantasía del que duerme. De donde toda la ciencia de los mayores maestros acerca de la Divinidad fuera locura manifiesta: y por el contrario, el creer no más de lo que se ve, el reputarse como las bestias del bosque totalmente mortal, el tener por firme que un mundo lleno de una simetría incomparable, así en sus partes especiales, como en el todo, es sin embargo una obra casual, un edificio sin Arquitecto, un ejército sin General, una barca sin gobierno, fuera, si Dios fuera imposible, la suma de todas las verdades: de donde, como decia, la mayor necedad, fuera el mayor saber, y el mayor saber, fuera infinita necedad.

Finalmente, si Dios fuera imposible, sucediera que el hombre estuviera privado de último fin. De donde nuestro entendimiento anduviera siempre como calamita (1) anhelando á una primera verdad, como á su polo sin esperanza de mirarle jamas á la cara. Y nuestra voluntad anduviera siempre como nave, aspirando á un sumo bien, como á su puerto, sin poder jamas llegar á acercarse á él. La naturaleza, que en todas las cosas se muestra amante de la veracidad, no hubiera hecho mas que nutrirnos con engaños; y la que mostraba que nos *amaba hasta las sumas delicias*, nos hubiera finalmente burlado con mas fealdad

(1) *Ivan.*

dad que lo hizo aquel Pintor famosísimo que burlaba á las aves con las hermosas uvas de su lienzo pintado.

Veis aqui, pues, lo que quiere decir ser Ateísta. Quiere decir, tener por blanco el trastornar todas las máximas con que se ha gobernado perpetuamente, y se gobierna todavía el género humano. Y os parece á vosotros pequeño tan horroroso inconveniente? Mas si éste y otros semejantes sin fin, se siguen del fingirse Dios imposible: es imposibilísimo que no sea posible. Y si es posible, luego es tambien, como he dicho, de hecho; pues en todo aquello que es de necesidad absoluta y antecedente, no se distingue del ser, el poder ser.

Qué decís, pues, vosotros? Os parece hermosa gloria estar de parte de los revolvedores del Universo antes que alistarse entre los que tan acertadamente le reducen á leyes dándole Dios? Volved á atormentar al entendimiento mas que si el miserable fuera esclavo en cadenas, para qué os diga que Dios se debe enviar desterrado á los países de los Hieocervos, ántes que dársele al hombre por su primer principio de que dependa, y por su último fin. No lo dirá jamas. Y por eso éste, en compendio, es el proceso que habemos hasta ahora formado contra el Ateísmo: *Querer por fuerza ignorar aquel Bien Sumo, que no se puede dexar de conocer. Esta es la suma de el delirio: No querer conocer á un Señor que no puedes ignorar* (1).

(1) *S. Cyp. de Idol. vanit.*